

El deseo neoplatónico

David Arjona Pereira 3B

“Florezilla” era como algunos la llamaban; “la Misteriosa” era como otros la llamaban. Esta chica tan singular fue la chica que conocí un día en el barrio donde me crie.

Soy Marcos, y esta historia está a punto de comenzar... Narraré esta historia de cómo una mujer tan dulce como ella, fue la que me inspiró a escribir este corto relato, casi inverosímil. La conocí en la optativa de digitalización en el instituto, justo al lado de mi casa, y sinceramente, creo que fue un milagro de Dios conocerla de esta manera. Claramente era de letras, escribiendo poemas, como cualquier persona de esta edad contemporánea quisiera oír. No conocía límites de la expresión humana y sus descripciones eran tan profundas como sus sentimientos. El Renacimiento hubiera querido a alguien como “tú”, decía el profesor de lengua con sus espectaculares notas (que bien se las merecía).

Yo, como *nerd* que soy, seguía pensando en mis asuntos académicos: “Debo estudiar mates, y lengua, e inglés, ¡y todo!”. Pero nada de eso me interesaba, solo con el mero pensamiento de estar a su lado en el futuro valía esforzarme al máximo, conseguir que me vea, conseguir que se fije en mí... todo por ella... Ahora me arrepiento un poco por no haber pensado más en mí mismo. Empezamos un día a dar lengua y más me di cuenta de mi obsesión por ella y lo mucho que la quería. Neoplatonismo: corriente filosófica del Renacimiento en la cual la mujer representa la emanación de luz divina. Durante esta clase, después de leer/entender esta definición, investigué el resto del libro de texto para ver cómo los poetas se sentían acerca de la perfección que la mujer les estaba mostrando: objeto para contemplar; ella se muestra esquivada a sus invitaciones amorosas; recobrar serenidad en su locus ameno (*locus amoenus*). Mi lugar ameno era estar en mi casa, y escuchar su cantar desde mi ventana. Casi todos los días (martes, miércoles y viernes, así de obsesionado estoy) recitaría uno de sus poemas:

“Este mundo bueno fue si bien usásemos de como debemos, porque, según nuestra fe, es para ganar aquel que atendemos. Aun aquel hijo de Dios, que para subirnos al cielo descendió, a nacer entre nos, y a morir en este suelo do murió.”

Creo que así era el poema, aunque con escucharlo, no sé cómo se escribe bien (suspendí lengua, no me juzgues). Ni siquiera sabía si era suyo, hasta que oí a un chico decir de fondo: “Jorge

Manrique se llama el autor del poema”, y este era uno de varios. No sabía que practicaría aquí para el test de lengua. ¡Es un test después de todo!

Parecía que tenían confianza porque ella respondió: “Bueno, al menos él sabía escribir mejor que tú, Romeo”. “Romeo... Romeo, ese tío, más le vale que no tenga una relación con ella”. Me rechinaban los dientes mientras pensaba en su nombre. Seguían hablando, pero yo solo pensaba en deshacerme de ese tal “Romeo”.

Al día siguiente, estaba decidido: ¡voy a hablar con ella! ¿Sería simple, ¿no? Después de todo, vamos al mismo curso y creo que tengo posibilidades.

Y ahí estaba, en la optativa, un miércoles, para hablar con ella.

“Hola, soy Marcos y ya llevamos un tiempo en clase juntos. ¿Cómo te llamas?” No me sabía ni su nombre y estaba coladito por ella. ¡Hay que ver! Ella, después de oírme, me respondió, pero con un paso acelerado para ir a su sitio: “Hola Marcos. Verás, creo que no es un buen momento y deberíamos hablar en otro momento porque ...”. Me dejó de hablar, me miró, y siguió. Sin embargo, como de la nada, apareció un chico y la cogió de los hombros: “Anda, enanita misteriosa, ¿qué tal te va todo? ¿El examen de lengua te fue bien no?”. Apartó la mirada de ella un momento y me miró a mí, a los ojos, con una intensidad que me daba miedo hasta mirarle. “¿Este quién es?”. La miró, la apartó de mí como si de un pícaro tratara. “Pero ¿quién se cree para tratarla así?” “No hables con él”, dijo. Y ella respondió como si intentara defenderme, “Él solo quería hablar conmigo porque me conocía y tarde o temprano, probablemente vayamos a trabajar juntos”. Le miró, pero con la cabeza mirando al suelo. Como tóxico que era, él gritó: “¡No te acerques a él!!”. Ella se fue corriendo y no apareció durante el resto del día.

¡Estaba atónito de lo que había pasado... y todo por mi culpa! ¿Para qué tuve que hablar con ella? Gritaba en mi habitación incapaz de ver nada más que lo que hice. Lloré y lloré, y así llegaron las 20:00 de la tarde. El instituto estaba cerrado, y afuera había una oscuridad que no permitía ver el exterior.

Más tarde, oí a la chica recitar un último poema, y el último que oí en mi vida:

Injusta vida la que me ha tocado,
injusta vida la que Luna me dio,

injusta vida para esta Lluna en su
salón, injusta vida en el resto veré.

Entre llantos, recito este poema y nunca la volví a ver.

Luna es la chica de la que hablo y la que quiero que sean recordada. Luna, la más brillante,
será de la que hablaré.

Ahora, deja descansar esta culpa que me estuve cargando, y quédate, aunque espiritualmente sea,
conmigo.